

AYUNTAMIENTO REPUBLICANO Y OBRA PROVECHOSA

Luego de la huida, convicta y confesa, del señor Zafra, que se ha marchado en definitiva del Ayuntamiento de Cartagena; después de las pruebas que han recogido y acumulado los concejales republicanos, en demostración de la inculpabilidad del que pudiera mos ya llamar excalde; y contando, como se cuenta, con un Gobernador imparcial, inteligente y justo, el resultado del pleito municipal es cosa prevista. La solución está en manos de las minorías republicanas del Ayuntamiento, sin que valgan ya obstáculos ni habilidades de los posibles. Habrá, pues, Alcalde republicano.

¿A quién elegirán las distintas fracciones, hoy unidas compactamente para todo cuanto se relacione con la política del Municipio? Nada se sabe todavía. Pero el nombramiento no entraña dificultad ninguna. Por una parte, ni personas ni partidos, están todos de ambición. Por otro, deberes de disciplina y de cariño por nuestra ciudad, mueven a estos concejales aceptar el sacrificio que con el cargo que se le ofrezca le impongan. Y, sobre todo, hay una unión tan exquisita y un sentido de la responsabilidad tan vivo, que cualquier acuerdo que a tal efecto se adopte es válido sin reserva alguna.

Puede ocurrir: que se piense que el Alcalde sea de alianza republicana, en cuyo caso es posible que el nombramiento recaiga en la persona de don Luis Romero; que por el contrario, se intente que deba ser un radical socialista, indicándose entonces tal vez a don Isidro Pérez San José; o que buscando un elemento que, por no ser de un partido ni de otro, sirva siempre de unión y de armonía entre ambos credos políticos, y se piense entonces en un republicano del grupo independiente, en cuyo caso quizás sea el nombre de don Francisco Pérez Lurbe el que se ponga sobre el tapete.

Sea quien sea, lo cierto es que habrá un alcalde de la República. Y esto es lo interesante.

Y cuando tal cosa acontezca, el Ayuntamiento de Cartagena entrará en otros cauces de vitalidad y licitud, que ya es justo reconocer que lo va necesitando.

Los republicanos, sin el lastre de los que hacen unos meses se llamaban socialistas, cuyos votos le han de ser adversos, como es justo y necesario que lo sean, harán la labor que Cartagena y éste momento están demandando.

Necesita Cartagena que el Ayuntamiento se administre bien. Que se confeccione unos presupuestos de esta hora: equilibrados, económicos y justos; que con el menor gravamen, y con los más parcos gastos, se atiendan las máximas necesidades de la población. Que la autoridad municipal se revista siempre del más alto prestigio. Que el orden y el respeto sean norma permanente en el Ayuntamiento. Y que dentro del salón de sesiones, presida siempre la diafanidad, la honradez, el trabajo y la mesura.

Todo esto, a base, sobre todo del restablecimiento del crédito municipal, antes de embarcarse en empresas engañosas y lesivas, es lo que pide Cartagena.

Nosotros estamos seguros que, muy en breve, Cartagena verá realizadas sus aspiraciones.

LAMENTABLE

Ley de la democracia es ley de mayorías. Estas, con su concedida y lógica fuerza, se imponen, y el pueblo que es democrata admite esa ley. Y si los pueblos han de admitir forzosamente lo que la mayoría le dicte. ¿Por qué aquellos Gobiernos, que al amparo de la democracia, rigen un día los destinos de un pueblo que los democratas le confían, tapan sus oídos ante el decir elocuente del nuevo soberano?

Todo aquel que se sienta perfecto democrata, cumplirá su deber cuando escuche la voz del pueblo que manda, para, haciendo honor a su ideas verdaderas, interpretar o comprender, lo que, quien puede, le pide.

Aquí en España, nacida hace unos días al nuevo mundo de la ansiada democracia, tras una fecha ya memorable, la del doce de abril, en que el pueblo español habló, donde pudo, su hablar democrata, originó otra fecha, para mí me parece memorable, la del catorce del mismo mes, fecha de implantación de la joven República.

La mayor parte de los municipios grandes de España se manifestaron en sentido republicano. Es cierto. Y así se constituyeron, tras unas elecciones hechas en régimen monárquico. Más no todos los pueblos constituyeron de igual modo. La mayor parte de ellos, es bien cierto; fueron, de nuevo, elegidos de carácter monárquico; pero, en su mayoría, eran pueblos pequeños. De no ha-

ber sido así, la República no se hubiese implantado.

Muy bien, perfectamente bien que a los así elegidos (aun echando al olvido las muchas malas artes que se usaron para dar el triunfo a los monárquicos) que se les diese posesión de sus respectivos cargos. Pero...

Un día, muy memorable también, el veintiocho de junio, en las elecciones de diputados, nuevamente consultado el pueblo, éste manifestó en sentido antimonárquico. Monárquicos, según el Condé de Romanones el tan solo. Según Ossorio y Gallardo, dos. Allí ellos con sus cuentas. Nada influye uno más o dos docenas si se quiere.

Lo que es cierto, lo que es evidente, es que el pueblo español se puso del lado de la República. Tan es cierto y tan es evidente que todo ese enjambre de hombres políticos, sin más fin que el mandar con todos, se pasaron al momento a las filas antimonárquicas. Y yo pregunto. Si en el mes de abril un pueblo obtiene representantes de característica monárquica, y dos meses después, al consultarse nuevamente se decide por la forma republicana, ¿qué indica? ¿es justo que ese pueblo siga gobernando o regido por los monárquicos? ¿es que necesitan nuevamente de cir que se deciden por la República? ¿no hemos quedado en que la democracia proporciona al pueblo lo que el pueblo pide? ¿no hemos quedado en que el pueblo es soberano? Pues si esto es cier-

PROSAS BELLAS... LA TOLERANCIA ES NUESTRO LEMA

"¡Bendita sea mi lámpara! No me humilla como la llamarada del Sol, y tiene un mirar humanizado de pura suavidad, de pura dulcedumbre.

"Arde en medio de mi cuarto; es su alma. Su apagado reflejo hace brillar apenas mis lágrimas y no las veo correr por mi pecho..

"Según el sueño que está en mi corazón, mudo su cabezuela de cristal. Para mi oración le doy una lámpara azul, y mi cuarto se ha convertido como la hondura del valle, ahora que no eleva mi plegaria desde el fondo de los valles. Para la tristeza tiene un cristal violeta, y hace a las cosas padecer conmigo.

"Más sabe ella de mi vida que los pechos en que he descansado. Está viva de haber tocado tantas noches mi corazón; tiene el suave ardor de mi herida íntima, que ya no abrasa, que para durar se hizo suavísima.

"Si fuese humana, se fatigaría antes de mi pena, o bien enardecida de solicitud, querría aún estar conmigo cuando la misericordia del sueño llega. Ella es, pues, la Perfecta.

"Desde afuera no se advierte, y mis enemigos que pasan me creen sola. A todas mis posesiones tan pequeñas como esta, tan divinas como ésta, voy dando un clarín imperceptible para defenderlas de los robadores de dichas.

"Basta lo que alumbra su halo de resplandor. Caben en él la caza de mi madre y el libro abierto. ¡Que me déjen solamente lo que baña esta lámpara; de todo lo demás pueden desposeerme!

"¡Yo pido a Dios que en esta noche no falte a ningún triste una lámpara suave que amortigüe el brillo de sus lágrimas!"

Gabriela MISTRAL

Una encuesta de "Luz"

Se pregunta a Joaquín Pérez Madrigal qué interrupción haría si Fray Junipero hablase en la Cámara

Nuestro prestigioso colega de Madrid "Luz" publica la siguiente contestación dada por Pérez Madrigal a la pregunta que se le formula.

—Si Fray Junipero fuese diputado, ¿qué interrupción le haría usted?—

Declaro con la triste y grave solemnidad del vencido, que la preguntita que me formula el director de "Luz" me ha tenido unos días anonadado. Si me hubiera hecho esa pregunta en el ambiente caldeado de una asamblea, en medio de una más arrebatada por encono polémico, quizá el temperamento me hubiera servido, rápidamente, lo que la meditación, apartada de debates pasionales, no me suministra.

En consejo de mi morosidad para responder a tal pregunta, yo pienso que la interrupción la haría más que el que la hace el que la provoca. La interrupción—lo digo por experiencia—chasca en los labios sin apenas haber producido el más leve latido mental. De ahí que muchas interrupciones sean rechazadas por el buen sentido de los auditores. Rugir, aullar, ladrar, es acertado a veces, pero nunca es estimable—yo me percaté, sin esfuerzo, de cuál es la verdad—en orden al curso sereno, cortés, reflexivo de unas contiendas en las que debe fundamentalmente la palabra lidiar con la razón.

No sé qué interrupción podría hacerle yo a Fray Junipero si fuera diputado. Eso dependería, más que de mí, de dicho sociólogo futurista; todo dependería de cómo aspirase a hacernos tragar

sus ideas de Dios, de la Familia, de la Patria y de la cultura.

Claro que ya sabemos, a través de "Heliófilo", cuáles son las ideas de Fray Junipero, junto a las cuales Beuza es un directivo de la F.A.I. y Pildán un réprobo. Supongamos, pues, que Fray Junipero, incorporado a la minoría agrestevaticana, pide la palabra para consumir un turno en pro de su celestial ideología. Yo, alarmado, pediría también la palabra para una cuestión incidental. Reclamaría de la Presidencia, en servicio de un profundo convencimiento, que se previniese a los ujieres de que iba a hablar Fray Junipero, a fin de que le llevasen a su escafio no el líquido acaramelado que es habitual, sino que inmediatamente se le proveyeran de un anzobre de agua bendita para que el insigne diputado misticogreste lubricase y santificase su órgano expresivo.

Claro está que no sería agradecida mi exhortación; que, como en otras ocasiones, pedirían muchos diputados que se me expulsase del hemiciclo; que yo auguraría impertérrito las iras de todos, seguro de que el señor Besteiro, como presivo y cariñoso, ampararía mi derecho a sugerir cuantas fórmulas parlamentarias nacieren dentro del ámbito de mi representación soberanísima.

Y ya va a hablar Fray Junipero. Comienza así:

—En el nombre del padre, del hijo...

Interrumpo violento:

—¡Al Parlamento no se traen asuntos de familia!

de burguesía y reaccionarismo, la República sólo existirá de nombre. La República sólo será respetada, porque para respetarla es preciso sentirla en los adentros y amarla con todas las fuerzas. En esos pueblos, ya puede saberse que el himno nacional es el liberalismo. Himno de Riego, pero para ellos, será la Marcha Real a toda orquesta.

Y todo ello por esa lamentable equivocación del primer Gobierno de la República, que se ha tapado, al parecer, los oídos cuando el pueblo le decía el veintiocho de junio que quería un régimen republicano. Más aun es tiempo para... Enrique GALLEGO

Usted me oía ayer tarde, cuando departíamos afectuosamente. Usted, mi buen amigo, que en este siglo y en esta hora siente inclinarse los impulsos de su corazón por un fervor monárquico, entumecido y rancio. Usted, que, sin embargo, de la equivocación mayúscula, es sincero y se manifiesta siempre con cortesía y honradez.

Usted, que parecía escucharme con deferencia, sabe que nuestra doctrina, esta doctrina radical socialista, no es disolvente ni irrespetuosa.

Somos así, porque creemos que de esta manera somos mejores. Queremos que la justicia social resplandezca un poco en este cielo nuestro tantos años encapotado y triste. Queremos que la propiedad siga siendo propiedad; pero no estancada e improductiva, sino cumpliendo un fin de eficacia, de ética y de humanidad. Queremos que no haya otro poder que sobrepase ni se iguale al poder civil, y que se achaten, encasillándolos en su cometido especial, el poder judicial, el militar y eclesiástico. Queremos libertad de pensamiento y de conciencia. Ni contra la religión, ni a favor de ella; aunque interesados porque cada uno sienta y cultive, dentro de sí, una religión. Respeto, superlativo respeto a todas las confesiones.

Usted, mi buen amigo, me oyó esto. Y subrayó con su asentimiento una cosa, sobre todo, que a mí me agrada y que es acaso la médula excelsa de nuestro ideario: la mutua tolerancia.

Marcelino Domingo, el apóstol maravilloso, glosaba con calidez este concepto, días pasados, en Alicante, en la sobremesa de una comida íntima.

La tolerancia... ¿Hay algo más hermoso que la tolerancia? Ese es nuestro lema más augusto: la tolerancia. Con la tolerancia se engendra un sentimiento pródigo: la amistad. Sin aquella no puede existir ésta. Distintas creencias no pueden unir dos personas, sino es por el bello eslabón del respeto mutuo, de la tolerancia. Y la amistad es hija de ésta. Una amistad que no es duradera, no es amistad: Encalló en el arrecife de una disparidad de criterio por la falta del salvavidas que es el respeto y la tolerancia.

Por eso, lo más hermoso, el ideal del hombre, es conseguir esa parte de perfección que es la amistad.

Se tiene un padre, un hermano, por ley biológica. El amigo, no. El amigo se escoge, y lo logra sólo el espíritu superior: el tolerante.

Nosotros, querido amigo, somos jabalíes y queremos ser tolerantes. Y queremos, y lo conseguimos.

Usted me oye y me confía su amistad. Yo, que soy radical socialista, amo la tolerancia, y, cuando le veo, lo saludo y me acerco a usted. A usted, que es monárquico. Pero que es sincero, que es honrado, que es bueno.

Y los radicales socialistas no queremos ser amigos más que de los buenos, de los claros, de los virtuosos. A los que no lo son no los queremos mal, sin embargo. Los compadecemos.

Antonio ROS

Contra soberbia...

Ya van pasados días desde aquel en que las huestes del derechismo, al anuncio de que el señor Gil Robles pronunciaría un discurso, se reunieron en el lejano pueblo de Molina del Segura.

Pero, a pesar del tiempo, sedante de todo dolor, el dolor, si mitigado un tanto, persiste y toma carne en nosotros, y en los adentros se aferra para no huir.

En ese mitin, según varios periódicos, sin rectificación, y, cuando no lo han hecho, hay que dar por ciertas las informaciones que se han publicado, se pronunciaron ciertas palabras, no de dudoso gusto, sino de malo, y se dice que aquel que las pronunció fue un sacerdotote.

Según este señor, que, por el cargo, representa, ya de por vida, a Cristo, los periódicos tales o cuales, no importa al caso, son unos "canallas".

¡Qué palabra más dulce, más suave en los labios de un ser obligado a la humildad! ¡Qué palabra! Y lo peor, más que el hecho de pronunciarla, manchando, al propio tiempo que los labios de aquel que la pronuncia, los oídos de aquellos que la escuchan, lo peor es que en corazón de un sacerdote haya tenido sus fuentes.

No, y cien, y mil veces no. Quien así se expresa, de ningún modo puede ser, aunque se empeñe en ello, representante de aquel que, acusado, juzgado, vilipendiado y moribundo ya, sangrando su vida, todavía, sin odio alguno, sin posibilidad rencor, todavía quedáronle fuerzas, las últimas, tras las que su vida da

ba término, para, bueno sobre todos los que amaron la bondad, decir, lleno de amor, aun para sus enemigos, sus propios juzgadores y matadores, los perdono, y no sólo eso, sino más, ¡más aún! "Perdonalos, Padre mío, que no saben lo que se hacen." El no pronunció jamás la frase bárbara; El no dio en sus adentros calor al mal, ni puso palabras sucias en sus labios.

Y, no, no puede haber derecho a que un representante de Aquel, de vida en su corazón a un sentimiento malo, ni a poner en sus labios, manchándolos, esas palabras del bajo diccionario, ni a manchar los oídos de aquellos que escuchan.

El escándalo, nunca. No es cristiano. La frase fea, jamás; porque Aquel, fue el Dios del perdón. Y la religión cristiana es la de la caridad y caridad es amor. Y esto, representante de Aquel, no es amor, es odiar.

DON JUSTO

El complot de Alcalá de Henares

Madrid, 2 de enero.

El juez especial nombrado para el su mario que se instruye por el complot revolucionario de Alcalá de Henares ha decretado la libertad de varios detenidos.

El maestro de obras Manuel Heguida, jefe del movimiento, pertenece a distinguida familia bilbaína y siempre fue un exaltado con propensión a la aventura.